

**Noviembre 28/2003 (versión larga)**

## **SOBERBIAS ACTITUDES DEL GOBIERNO CHILENO**

**Por Agustín Saavedra Weise**

Los sucesivos gobiernos chilenos ya nos tienen acostumbrados a su arrogancia con respecto a nuestra reivindicación marítima, como también nos conocemos de memoria sus "cantaletas" de que "Bolivia nunca tuvo mar", "no hay cuestiones pendientes", "un tratado selló definitivamente la cuestión", a las que hay que agregar su paternalista y antipática "predisposición" para "facilitar el libre tránsito", "lograr acuerdos de integración que nos permitan avanzar", etc., etc. La gama es casi infinita, pero siempre acotada en función de dos variables esenciales: nada de mar (salvo facilidades portuarias) y no hay asunto pendiente, pues el tratado de 1904 terminó las cosas para siempre.

Un enfoque juricista llevado al extremo y el arrastre de un cinismo que lleva más de un siglo, hace que el gobierno de turno en La Moneda recurra una y otra vez a los mismos argumentos, no importa si eran usados por un dictador como Augusto Pinochet o los usa ahora un presidente con credenciales democráticas y de "avanzada", como pretende ser Ricardo Lagos.

Todo este cacareo mapochino ha venido acompañado desde hace años por un coro de bolivianos que le han hecho el juego a Chile. Unos por conveniencia, otros por hacer negocios y otros por simple ingenuidad, muchos han caído en la hábil redada. Se llegó inclusive a considerar "obsoletos" o "pertenecientes al pasado" los reclamos que de vez en cuando intentaba algún patriota a la "antigua".

Espero que esa cómoda y casi sumisa postura de "vendimiento" de algunos locales frente al agresor de 1879 cambie de una buena vez por todas. Los últimos acontecimientos demuestran que Chile es capaz de llegar al absurdo con tal de persistir en su terca cerrazón. El grotesco llamado de su embajador en Caracas y la frialdad hacia el Secretario General de la ONU –por haber expresado simpatía hacia Bolivia en su demanda histórica para superar su enclaustramiento– nos demuestran que la política de Chile sigue dictada por resabios del pasado y sin ningún hábito de modernidad.

En su soledad, la canciller Soledad Alvear olvida que el tema marítimo boliviano ha sido considerado de "interés hemisférico" por la Organización de Estados Americanos y por

tanto el enfoque trasciende una simple órbita bilateral. Asimismo, olvida esta señora que el propio Chile propuso primero en 1950 y luego en 1975 bases para una salida al mar, estas últimas durante las negociaciones producto del llamado "abrazo de Charaña" y que Chile, además, endosó una Resolución de la OEA en 1983 cuando Colombia aceptó ser anfitrión para reuniones con Bolivia sobre el asunto oceánico. Agreguemos el llamado "enfoco fresco" de 1987, que terminó con otro brutal portazo.

Así sucesivamente y sin pretender repetir las numerosas y conocidas instancias en las que Chile ha reconocido que tiene un problema pendiente de solución con Bolivia, el hecho es que lo hay; esconder la cabeza debajo de la arena o acudir a histrionismos diplomáticos no los lleva a Lagos y Cía. a ninguna parte, salvo hacia el lado oscuro de Chile, lado oscuro que ya es percibido inclusive por muchos chilenos y crecientemente por la comunidad internacional.

Al amparo de la inmutabilidad de los tratados, Chile se cierra a si mismo y coarta toda posibilidad real de diálogo en un ejercicio que entra en el campo de la crueldad, sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de uno de los países del mundo con mayor extensión costera.

La antipatía que está generando Chile ya es palpable en varios foros internacionales, como lo pude comprobar personalmente durante la reciente cumbre mundial de los países en desarrollo sin litoral auspiciada por la ONU y que tuvo lugar en Kazajstán a fines de agosto.

O Chile cambia o el mundo lo hará cambiar. Bolivia debe ahora retomar con firmeza y seriedad el sendero que nunca debió abandonar: reclamar su salida soberana al mar (nada de "cualidades" ni otras ambigüedades) y proclamarla en todo momento y en toda oportunidad. Acá no se trata de aspectos jurídicos; la solución es política y mediante negociaciones que –obviamente– conducirán a un nuevo orden legal. Y mientras, que La Moneda termine con su pantomima que a nada lleva ni a ninguna parte conduce, salvo hacia su descrédito.

Chilenos y bolivianos tenemos muchas cosas en común para hacer y realizar en función de la integración y el desarrollo de nuestros pueblos. Poco se podrá concretar, empero, mientras persista una política retrógrada en el vecino país que no deja de ser paradójal frente a otras innovaciones en las que los gobiernos chilenos se han destacado.

Mente nueva para un problema viejo es lo que se precisa aquí y ahora, no encerrarse en una caparazón ni en egoísmos que no llevan a nada.

Ojalá esto cambie y pronto, por el bien del propio Chile y para superar una de las pocas injusticias remanentes en la América del Sur: el retorno de Bolivia al Océano Pacífico.

-----000000-----